

Llegué a Huda Jama a través de otra tragedia, el genocidio de los italianos asesinados en Istria y Dalmacia por los partisanos comunistas de Tito durante y después del final de la Segunda Guerra Mundial. No era una historia que me resultara desconocida, sabía que los partisanos habían asesinado a muchos civiles italianos, pero una publicación de Giorgia Meloni, líder del partido Hermanos de Italia, me devolvió a su historia. En agosto de 2020 aparecía una nueva foibe, una sima, con los restos de doscientos cincuenta víctimas, un centenar de ellas adolescentes de entre 15 y 17 años de edad. Lo que me sorprendió fue que hubiera voces en Italia que negaban, minimizaban o justificaban los crímenes, pero los muertos, que fueron olvidados durante décadas incluso por el gobierno de su propio país, siguen apareciendo. Italia no reconoció oficialmente el sufrimiento de estas víctimas y la tragedia del éxodo istriano-dalmata hasta febrero de 2004, casi 60 años después.

El que los crímenes cometidos contra los italianos fuesen deliberadamente olvidados durante tanto tiempo me hizo buscar información sobre lo que había pasado en Croacia y Eslovenia al terminar la guerra. Croacia se había constituido como una nación independiente, aunque sostenida por Alemania, en abril de 1941, y sus fuerzas militares y paramilitares, los ustachas, participaron en la guerra del lado del Eje. Eslovenia fue dividida entre Alemania, Italia y Hungría, y contaba con fuerzas paramilitares como la Guardia Nacional Eslovena, formada por católicos anticomunistas. A estas fuerzas había que añadir a los musulmanes bosnios que también lucharon en formaciones croatas o alemanas (Bosnia formaba parte del nuevo Estado Croata), y a los Chetniks serbios que combatieron primero a los alemanes, pero terminaron aliados con ellos. La gran mayoría de los soldados de todos estos ejércitos derrotados murieron, pero no lo hicieron en el campo de batalla, sino una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial.

La Conferencia de Yalta selló el destino de estos hombres y de muchos civiles, en muchos casos sus familiares, que huyeron hacia Bleiburg, en la frontera de Eslovenia con Austria, para rendirse a los Aliados. No les sirvió de nada, los británicos los entregaron a los victoriosos partisanos de Tito. Los comunistas ejecutaron en masa a decenas de miles de prisioneros, en su mayor parte en territorio esloveno, y condujeron a los sobrevivientes a campos de concentración en las llamadas "marchas de la muerte". El nuevo régimen comunista yugoslavo, encabezado por el Mariscal Josip Broz "Tito", impuso la ley del silencio sobre lo que aconteció en las semanas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial. Lo que años más tarde sería conocido como la "masacre de Bleiburg" no había sucedido.

En 1989 el régimen comunista yugoslavo mostraba síntomas de agotamiento. Desde la muerte de Tito, en mayo de 1980, los conflictos nacionalistas habían aflorado por todo el país y Yugoslavia se encaminaba lentamente hacia su disolución como Estado (el proceso culminaría con la declaración de independencia de Eslovenia y Croacia el 25 de junio de 1991). En ese año convulso, Roman Lejak, que había formado parte del servicio de inteligencia del Ejército Yugoslavo, escribe su libro "Huda Jama". Harto de vivir en la mentira del régimen socialista, Lejak se embarcó en una búsqueda para encontrar los lugares en donde los partisanos habían cometido sus crímenes y recoger la mayor cantidad de testimonios posibles de lo que había sucedido en la primavera de 1945. El fruto de

sus investigaciones es este libro, que fue ampliado en 2012 y traducido al inglés en 2017 como “Buried Alive”.

A raíz de mis artículos me puse en contacto con Roman Lejsek, que actualmente es el alcalde de Radenci, una pequeña población eslovena de poco más de 2.000 habitantes. Lejsek me facilitó su película sobre Huda Jama, que se centra en lo sucedido en la llamada “cueva de los horrores”, y otros documentales históricos que ha venido haciendo a lo largo de estos últimos años. Uno de ellos me llamó mucho la atención porque trataba sobre una ciudad que había visitado años atrás, Maribor, la segunda ciudad de Eslovenia.

La autopista de Maribor fue construida en 1999, es una carretera moderna que recorrí en 2016 cuando alquilé un coche en Hungría para visitar el norte de Eslovenia, concretamente Maribor y Ptuj. Lo que desconocía es que también era un cementerio. A ambos lados de la carretera se encuentran los restos de 30.000 personas, en su gran mayoría croatas. El general del Tercer Ejército partisano, Konstantin Koste Nada, veterano de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española, sembró de cadáveres toda la zona. Durante la construcción de la autopista, en junio de 1999, se encontraron los huesos de 1.179 personas asesinadas en Tezno, en las trincheras antitanque alemanas utilizadas como fosas comunes. Estos restos fueron enterrados en una cripta en el cementerio de Dobrava, cerca de Maribor. Los sondeos posteriores en la fosa de Tezno mostraron la presencia de más restos humanos a casi una milla de la longitud de la trinchera, en una fosa común que esconde los cuerpos de al menos 15.000 víctimas. También hay otras cuarenta fosas en las fábricas de Tezno, en el antiguo aeródromo y en los cráteres causados por los bombardeos aliados entre 1943 y 1945. Todas estas víctimas siguen allí, en algunos casos una solitaria cruz de madera señala donde se produjo el crimen.

Cuando Roman Lejsek escribió su libro lo hizo con un doble propósito, devolver la memoria de las víctimas y señalar a sus asesinos. Desgraciadamente, la posterior guerra en los Balcanes dejó este asunto postergado durante muchos años. No fue hasta los primeros años del nuevo siglo cuando Croacia y Eslovenia comenzaron a investigar lo que Lejsek denunció en su libro. Huda Jama no fue abierta hasta 2009, veinte años más tarde. No obstante, los intereses políticos y nacionales han marcado un reconocimiento que sigue siendo controvertido en el mejor de los casos y las heridas abiertas en Bleiburg aún están muy lejos de cerrarse.

En los anexos al final de este libro se encuentran mis artículos, publicados en El Correo de España, sobre los crímenes cometidos por los partisanos de Tito, lo que se conoce como la masacre de las Foibe y la tragedia de Bleiburg. También se añade una entrevista con el profesor bosnio Omer Hamzic, hasta la fecha el único que ha iniciado una investigación sobre las víctimas bosnias de Bleiburg, y una carta escrita por la nieta de uno de los muchos asesinados en aquella paz sangrienta. El objeto de estos artículos es dar una imagen más amplia de estos crímenes, su ejecución, su ocultamiento y su posterior revelación.

En el documental sobre Maribor una mujer relata cómo se encontró con un grupo de prisioneros conducidos por los partisanos. Entre ellos había una embarazada

que dio a luz allí mismo, en el camino, mientras uno de los partisanos la golpeaba en un costado. La mujer suplicó a los asesinos que le entregasen al bebe recién nacido, pero la alejaron a empujones de la carretera. Un partisano disparó a la mujer y a continuación a su hijo. Es difícil entender tanto odio, que hay personas dispuestas a cometer crímenes tan atroces en nombre de un pueblo o de la fraternidad universal. O que aún hoy haya cobardes dispuestos a profanar las tumbas de las víctimas porque “eran del otro bando”. La historia de Bleiburg, la historia que recorremos con Roman Leljak en este libro de un lugar a otro, de un crimen al siguiente, es una historia triste y desagradable, pero es una historia que tiene que ser contada.

**Álvaro Peñas**

## **Prólogo**

Mi investigación para este libro comenzó en la primavera de 1989. Cuando ahora recuerdo ese período de mi vida, no puedo evitar apreciar profundamente la máxima de Descartes: “Dudo, luego pienso, luego existo”. Muy pocas personas en el planeta se atreverían hoy a discutir la veracidad de esa proposición. En ese sentido tengo que admitir que hasta ese fatídico año de 1989 había vivido en la ignorancia. El sistema educativo comunista se basaba en repetir como loros la propaganda estatal. No se me permitía pensar. El sistema necesitaba producir personas discapacitadas intelectualmente para poder sobrevivir. Muchos recordamos bien esos días. El profesor siempre comenzaba las clases con las palabras: “Larga a vida a Yugoslavia”. Teníamos que contestar de inmediato: “¡Con Tito adelante!”. Escuché a mi padre quejarse muchas veces: “Este país se está destruyendo a sí mismo poco a poco. Tenemos que viajar a Italia y Austria, países donde reina el capitalismo podrido, para comprar ropa y fruta”. No entendía exactamente lo que estaba diciendo. Tal vez fui demasiado cobarde para entenderlo.

¡Querido lector! Esta es una edición ampliada del libro que escribí en 1989 y que fue publicado en esloveno en Yugoslavia. Ese año también comencé mi colaboración con Janez Janša, Igor Bavčar y muchos otros que más tarde jugarían un papel fundamental en la independencia de Eslovenia.

Acabé mi primer libro, titulado *Solo contra el mundo*, a finales de los 80. En esa época, Janez Janša era el editor de la revista *Znanost (Ciencia)* y publicó mi libro. El libro trata sobre los métodos, técnicas y tácticas utilizadas por la inteligencia militar yugoslava. En 1990, el libro fue traducido al croata. Lamentablemente, y en cierto sentido de una manera inexplicable, no atrajo mucha atención en Croacia. Sin embargo, en Eslovenia el libro se considera un trabajo importante de historia, especialmente en el contexto de la Guerra de los Diez Días.<sup>1</sup>

Nací en la región croata de Zagorje. Mi padre Rudolf trabajaba en la ciudad de Krapina como fotógrafo y mi madre Milica Belošević trabajaba en la fábrica textil de Žutica. En 1964, mi padre consiguió un trabajo en la empresa de construcción Ingrad en Celje y nos mudamos a Eslovenia. Yo tenía seis meses en ese momento. Vivíamos en el pueblo de Proseniško, cerca de la ciudad de Teharje.

Un día de primavera de 1989, frente a la iglesia de Santa Ana en Teharje, volví a leer, hipnotizado por las palabras, la carta de Ivanka Škrabec:

*En unas horas terminará mi vida. ¡Oh, Dios mío! Sabes que muero inocente, como tu Hijo.*

*Mi niño, mi dulce ángel. ¡Cuánto anhelo ver tu rostro, adornado con una sonrisa, animándome y quitándome todas las preocupaciones! ¡Oh, hijo mío, mi dulce flor blanca! No viviré para ver tus pequeñas manos blancas. No viviré para sentir tu tierno abrazo. Nunca te acercaré a mi pecho, te dejaré sentir los latidos de mi corazón, aunque estés tan cerca, tan cerca de mí. ¡Nunca, mi dulce niño! Allá abajo, en las garras del bosque oscuro, descansaremos. Las flores de primavera adornarán nuestro hogar eterno.*

*Mis labios nunca te cantarán una dulce canción de cuna. Seré tu cuna, tu cama, pero fría y dura. Las ramas sobre nosotros te cantarán una canción de cuna. ¡Duerme ahora, duerme bien hijo mío! Estás cerca de mi corazón amoroso, siempre amoroso. Te amo mucho, pero estoy indefensa, no puedo salvarte de la muerte, hijo mío, no puedo salvarte. ¡Duerme bien ahora mi ángel! No puedes conocer el horror de lo que nos espera. Moriremos juntos, estaré en tus pensamientos cuando llegue el momento para calmarte. Y entonces cesará nuestro dolor y sufrimiento, acabará nuestra lucha. Viajaremos juntos hacia Dios. Cuando te sentí por primera vez sentí tu malestar. Soñé con llevarte a la presencia de Dios por primera vez, soñé con tu cabecita mojada con agua bautismal. Pero ahora, dulce niño, mi sangre correrá por tu frente. Con la sangre de tu madre, palpitante de amor, serás bautizado. Te vi inclinarte ante Cristo en la Eucaristía. Mi cuerpo pronto será un copón. Tú, hijo mío, serás su huésped. Una mano amorosa te sacará del copón y te incrustará en su sagrado corazón ...*

*Entonces, hijo mío, te veré por primera vez. ¡Mi dulce ángel! Allí veré tu rostro. Allí verás a tu madre por primera vez y aprenderás tu primera palabra: "¡Mamá!"*

Ivanka Škrabec nació en 1915 en el pueblo de Hrovači, cerca de la ciudad de Ribnica. Su tío abuelo fue Stanislav Škrabec (7 de enero de 1844-6 de octubre de 1918), un renombrado monje franciscano y lingüista especializado en el idioma esloveno. En otoño de 1939, Ivanka comenzó a trabajar como maestra en el pueblo de Sodražica. Los niños la aceptaron de inmediato. Era altruista, entregada a su profesión y siempre antepuso el interés de los niños a todo. Si algunos de los niños no podían ir a la escuela o estaban enfermos, ella iba a sus casas y les enseñaba allí. Los padres de los niños la adoraban y la respetaban por su inquebrantable devoción por los niños.

En la noche del 28 de mayo de 1942, los partisanos arrestaron a Ivanka. La golpearon brutalmente y luego la llevaron ceremoniosamente a la plaza del pueblo donde fue interrogada públicamente por varios comisarios. Los comisarios la reprendieron por enseñar a sus alumnos que la guerra era mala y la acusaron de no expresar su apoyo al movimiento comunista. Le dijeron que uno de sus delitos era el hecho de estar casada con Franc Novak, que había sido reclutado en la Guardia Nacional Eslovena. Como tal, era enemigo de la revolución. Los comisarios

le informaron de que su marido había sido condenado a muerte in absentia por un tribunal comunista y querían saber su paradero.

El objetivo de los partisanos era burlarse y humillar públicamente a Ivanka. Después del interrogatorio y la humillación pública, los comisarios llevaron a Ivanka a su casa. La pusieron bajo arresto domiciliario y apostaron guardias alrededor de la casa. Ofrecieron una recompensa de 5.000 liras italianas por la cabeza de su marido.

El 3 de junio de 1942, varios partisanos llegaron a la casa de Ivanka. La golpearon con tanta fuerza que su sangre salpicó las paredes de la casa. Entonces los partisanos la arrastraron, ensangrentada y magullada, hasta su campamento. Ivanka nunca volvería a poner un pie en su casa.

Los verdugos llevaron a Ivanka a un claro en el bosque. Le dieron una pala y le ordenaron que cavara su propia tumba. Les rogó que la dejaran vivir hasta que naciera su bebé. El niño era su alegría: quería mucho a su marido y la pareja había planeado prodigar al bebé con mucho amor y cariño. Sus torturadores ignoraron sus súplicas desperadas por la vida de su hijo. Le dijeron que se callara, que dejara de llorar y siguiera cavando.

Cuando hubo cavado la tumba, los partisanos la estrangularon. Fue un acto de puro sadismo sanguinario. El degenerado comandante del grupo de ejecución exclamó: "¡Este coño no vale ni una bala!". Los asesinos arrojaron a Ivanka al hoyo, colocaron su abrigo sobre su cadáver y volvieron a taparlo con la tierra removida.

Ivanka estaba muerta. Murió a manos de los "libertadores nacionales".

Su cadáver fue encontrado el 4 de agosto de 1942. El dueño de esa parcela de tierra vio un pedazo de tela que sobresalía del suelo. Después de cavar durante unos minutos, vio el cuerpo mutilado de Ivanka. En el bolsillo del pecho de su blusa encontró una pluma y una carta medio destrozada. Ivanka, sabiendo que los partisanos iban a matarla, había escrito esa carta en su casa. Se la había escrito a su bebé no nacido. La carta revela su angustia al saber que su hijo no nacido iba a ser asesinado. La carta es un testimonio impactante de la crueldad del hombre con sus semejantes, y todas las personas de buena voluntad deberían leerla. Todos aquellos que tienen el asesinato en sus corazones deberían leerla porque posee el poder de curar esos corazones, o al menos impedir que sigan el ejemplo de Caín.

Cuando leí la carta de Ivanka supe que nunca tendría miedo de pensar por mí mismo ni de desafiar la versión oficial comunista de la historia. Empecé mi investigación. En ese momento, el material de archivo estaba prohibido. Para las autoridades yugoslavas era demasiado peligroso permitir el acceso del público en general a los documentos almacenados en los archivos, porque todos los documentos relacionados con la Segunda Guerra Mundial y el gobierno comunista revelan claramente la criminalidad del régimen comunista. Tuve que confiar en los relatos de testigos. Simplemente iba de puerta en puerta, haciendo preguntas. La mayoría de la gente, después de escuchar mis preguntas y el propósito detrás de ellas, palideció y me cerró la puerta en la cara. Otros me rogaron que no les hiciera

esas preguntas. Algunos amenazaron con denunciarme a la policía. De hecho, me detuvieron en Laško, frente a la entrada de la mina Huda Jama. Pasé esa noche en una celda de la comisaría de Laško. No me sentí intimidado. A la mañana siguiente seguí explorando el área y haciendo preguntas.

Decidí modificar un poco mi estrategia. Recordaba a muchos de mis amigos de la infancia del cercano pueblo de Štore. Había ido a la escuela primaria allí y todos en el pueblo me conocían. Les pedí a mis amigos de la infancia que hablaran con sus padres y abuelos sobre lo que había sucedido en la zona después del final de la Segunda Guerra Mundial. Al día siguiente me pidieron amablemente que no volviera a hablar con ellos. Sin embargo, no me desanimé. Perseveré en mi búsqueda. En otoño de ese año, mi padre y yo descubrimos huesos humanos enterrados a no más de 20 centímetros bajo tierra en Košnica. Hicimos una foto a los huesos. Esa foto es la primera imagen tomada de los restos de las víctimas de los crímenes comunistas en la zona.

La fotografía fue incluida en la primera edición de este libro, una compilación de testimonios sobre los crímenes comunistas en la zona. Esos testimonios forman la primera parte de esta edición ampliada.

Comencé a “recopilar” los testimonios en 1989, frente a la iglesia de Santa Ana. Encontré inspiración en esa iglesia, la fuerza para continuar con mi trabajo. Realmente creo que la santa se inclinó y me tocó, indicándome la verdad, ayudándome en mi búsqueda. Y la verdad estaba en la memoria de los supervivientes. Uno de ellos lo describió así:

*¡No me preguntes como nos sentíamos entonces! Todo murió en nosotros. Éramos como muertos vivientes, habíamos perdido la voluntad de vivir. No nos preocupaba la libertad, solo queríamos morir. Esperábamos que la muerte nos librara del dolor y del sufrimiento.*

Para muchos, la muerte no llegó rápidamente. Murieron en un tormento prolongado e inimaginable.

*Madre, moriremos hoy, ¿no?*

*Por última vez sentí el rostro de mi madre con mis dedos. Ella dejó de llorar. Quizás mis dedos tocaron su última lágrima. ¡Madre! Me gustaría ayudar a tus lágrimas, desearía poder ser tu lágrima, deslizándome suavemente por tus mejillas y fundiéndome en la nada, en la muerte. Ojalá fuera esa lágrima que sentí bajo mis dedos, esa lágrima húmeda, esa lágrima suave. La lágrima transmitió los pensamientos de mi madre, los secretos de su corazón, su dolor que no pudo expresar con palabras para consolarla en sus últimos momentos en esta tierra.*

*¡Madre! Me gustaría que vivieras. ¡Oh, Dios! ¿Por qué me haces sufrir tanto? Todo mi cuerpo sufre calambres de angustia. No quiero que mis uñas rígidas le corten la cara a mi madre, que derramen sangre amarga. Ya no puedo sentir mis rodillas y el pesar se apodera de mi garganta, ahogándome, minando toda la fuerza de mi cuerpo. Pronto terminará, mi cuerpo se doblará bajo el peso de mi madre. Cerraré los ojos esta noche y la muerte ya no se apoderará de mis pensamientos. Me acurrucaré cerca*

*de mi madre. Yaceré enterrado debajo de ella. Mi juventud nunca brillará, la entregaré a mi alma que nacerá una mañana.*

Gracias, Santa Ana, por el coraje que me has dado. Gracias, Ivanka Škrabec. Gracias, niño no nacido.

El Vía Crucis en la iglesia de Santa Ana solo sería conocido por los peregrinos de Celje si no hubiera sido por los sucesos espantosos que sucedieron allí después del final de la Segunda Guerra Mundial, cuando el hermano atacó al hermano, y cuando el pecado de Caín marcó a nuestra gente con rencor y se grabó para siempre en nuestra historia.<sup>2</sup> A unos cientos de metros por debajo del Vía Crucis, los partisanos construyeron un campo de concentración para los “enemigos de la revolución” en mayo de 1945. La mayoría de los cautivos no salieron vivos del campo y, en ese sentido, el Vía Crucis se convirtió en su Calvario. El comunismo, al igual que el nazismo, se basaba en matar a sus enemigos. Los enemigos eran en ocasiones reales, pero frecuentemente imaginados. Los partisanos torturaron brutalmente y mataron a un gran número de personas en el campo. Los sobrevivientes han relatado cómo, mientras eran torturados, escuchaban el tañido de la campana de la iglesia y encontraron consuelo en las campanadas. Los aldeanos más ancianos recuerdan haber escuchado oraciones en voz alta que emanaban del campo por la noche.

Fueron necesarios 20 años para que se conociera la verdad sobre Huda Jama. La segunda parte del libro describe cómo, a lo largo de varios meses, día tras día, excavamos en los pozos. En 2009, Huda Jama finalmente reveló toda la verdad en sus detalles más sangrientos. Marko Štrovs jugó un papel fundamental en el proceso. Usé su texto para esa parte del libro.

En la última parte del libro doy los nombres de los responsables de la masacre de Huda Jama. El hecho de que los perpetradores de la atrocidad no hayan sido llamados a rendir cuentas por sus crímenes muestra claramente que todavía no somos una nación, que no merecemos un estado propio. Ni siquiera hemos dado un entierro adecuado y digno a las víctimas en Huda Jama.

Nadie ha sido aún acusado formalmente de los crímenes que describo en mi libro. La mayoría de los criminales son hoy ancianos que viven confortablemente con sus pensiones de veterano. Los comunistas no solo torturaron bestialmente y asesinaron a las víctimas, también confiscaron sus propiedades y se mudaron a sus casas. Es importante señalar que las pensiones de veterano están entre las más elevadas en el plan de jubilación.<sup>3</sup>

¡Queridos croatas en cualquier lugar del mundo donde este libro pueda encontraros! ¡Querida gente de buena voluntad de todas partes! Después de 70 años seguimos luchando por la verdad. Por favor, dejadnos perseverar en esta lucha. Dios está de nuestro lado. Se lo debemos a nuestros hijos.

1 Guerra de los Diez Días - También conocida como la Guerra de Independencia de Eslovenia. Eslovenia declaró su independencia el 25 de junio de 1991. Dos días después, el 27 de junio, el Ejército Popular Yugoslavo atacó Eslovenia. La Defensa Territorial Eslovena opuso una resistencia tenaz y el 3 de julio el Ejército Popular Yugoslavo accedió a un alto el fuego. El Ejército Popular Yugoslavo se retiró de Eslovenia y la guerra terminó formalmente el 7 de julio con la firma del Acuerdo de Brioni.

